

ENRIQUE.

Dime á cuál de los dos prefieres..... Eso me servirá de norma.

LAURA.

Tan pronto al uno..... tan pronto al otro.

ENRIQUE.

¡Cáspita!

PEDRO. (Anunciando desde el fondo.)

¡El señor Barón de Morne Aubret! ¡El señor Vizconde de Escarel!

ESCENA V.

Los mismos y el BARÓN DE MORNE AUBRET, muy tieso, muy ceremonioso, hablando con grandes pretensiones, y el VIZCONDE DE ESCAREL, tipo de lechuguino, con lentes y aspecto algo osado.

EL BARÓN. (Besando la mano de Laura.)

¡Mi hermosa vecina!

EL VIZCONDE. (Dando la mano á Laura.)

¡Amiga mía!

(Ambos miran á Enrique y hacen una ligera inclinación de cabeza.)

LAURA. (Presentando á Enrique.)

Mi primo, Mr. de Albret.

(Nuevos saludos entre los caballeros.)

EL BARÓN.

¡Cómo! El ilustre viajero..... Oh, caballero, permitidme que os felicite..... (Le da la mano.)

ENRIQUE.

Lo mismo digo, señor mío.

EL VIZCONDE.

Tengo el mayor gusto, caballero.

LAURA.

Siéntense ustedes, señores..... ¿Y qué es eso, está siempre nevando?

EL VIZCONDE.

¡Poca cosa!

EL BARÓN.

¡Algunos copos insignificantes! (Dirigiéndose á Enrique.) ¿Piensa usted publicar próximamente alguna nueva obra..... una de esas relaciones en que sabe usted unir al interés severo de la ciencia toda la gracia y todo el atractivo de vuestra rica fantasía?

ENRIQUE.

Caballero, es usted excesivamente amable. Sí, señor; una vez que esté instalado en París, me propongo reunir mis notas y publicar una relación de mi último viaje.

EL BARÓN.

¿Podría saber cuál ha sido el último teatro de vuestras sabias exploraciones?

ENRIQUE.

La América Central, y particularmente el Yucatán y Honduras.

EL VIZCONDE. (Con aire pedantesco.)

¿Conque quiere decir que existen esos países?

ENRIQUE.

¿Dice usted?

EL VIZCONDE.

El Yucatán y Honduras.... Cuando veo esos nombres en los mapas, me figuro siempre que el geógrafo ha querido burlarse de mi inocencia..... ¡Es tan inverosímil todo eso!

LAURA.

¿Creerán ustedes, señores, que mi primo, que está aquí presente, ha pasado dos años seguidos en esas regiones desiertas sin más compañía que sus criados indios?

EL BARÓN.

Esa abnegación por la ciencia es admirable.

EL VIZCONDE.

Es más que admirable..... Se necesita un estómago..... Comprendo que debía ser poco divertido..... En cambio, supongo que tendría usted por esos países una admirable cacería.

ENRIQUE.

Rara vez cazaba; cuatro tiros de vez en cuando

para preparar mi comida. Mis trabajos además absorbían todo mi tiempo.

EL BARÓN.

¿El trabajo?..... ¡es el gran consuelo, el gran amigo del hombre!

EL VIZCONDE.

¡Como el lagarto!

LAURA.

Querido Vizconde, procure usted tener seriedad siquiera un minuto.

EL VIZCONDE.

Señora mía, eso es imposible..... la seriedad me causa horror.

LAURA.

Pero, á propósito de caza, caballeros, ¿no han cazado ustedes hoy?..... ¿Están ustedes satisfechos?

EL BARÓN.

La nevada de anoche condenaba nuestras escopetas al reposo..... pero me felicito de ese reposo forzado, pues los tribunales van á abrirse muy pronto, y mi presidente..... (Dirigiéndose á Enrique.) — pues tengo el honor, señor mío, de ser sustituto del procurador general del Tribunal de G***, — y mi presidente, decía, me ha sobrecargado de trabajos..... No he levantado cabeza en toda la

tarde, pero no me quejo, pues lo mismo que usted, señor de Albret, amo el trabajo.

EL VIZCONDE.

Pues yo, mi querido Barón, lo detesto..... no puedo sufrirlo..... Detesto la lectura, detesto escribir y todas esas cosas..... Cuando hay tantos modos de ocupar la existencia, no comprendo en verdad cómo se escoge el más fastidioso de todos.

LAURA.

¡Vamos, vamos! usted se calumnia, querido Vizconde..... todo eso es pura afectación.

EL VIZCONDE.

Le juro á usted, señora, que es mi opinión sincera..... Tener una buena escopeta entre las manos, un buen cigarro entre los dientes, una linda valseadora entre los brazos y un hermoso caballo entre las piernas..... esto es lo que yo llamo vivir..... todo lo que no sea eso..... me horroriza.

ENRIQUE.

Opino casi como usted, señor mío.

EL VIZCONDE. (Con aire de indiferencia.)

Sospecho que se burla usted algo de mí..... pero nada me importa..... ¡Un viajero!

EL BARÓN.

En cuanto á mí, me permitirá usted, querido

Vizconde, protestar contra vuestra teoría de la vida con toda la energía de que soy capaz.

EL VIZCONDE.

¡No diga usted disparates!

EL BARÓN.

En mi opinión, la más noble conquista del hombre.....

EL VIZCONDE.

¿Es el caballo?..... Ya lo dijo Buffon.

EL BARÓN. (Con desdén.)

La más noble conquista del hombre, decía, es la del espíritu sobre la materia..... Enfrente de esos gocees materiales de que acabáis de hablarnos, querido Vizconde, y que consideráis como el fondo mismo de la existencia, yo opongo el retiro de la celda, del despacho, del laboratorio, en donde el pensador, el literato y el magistrado gozan de las alegrías elevadas y puras de la inteligencia..... Y si añadido á esta escena la presencia de una mujer amada, confidente de nuestros trabajos, habré trazado, creo yo, la imagen más perfecta de la felicidad humana en su expresión más delicada y más alta.

EL VIZCONDE.

¡Qué gracia! ¡Pobre mujer! ¿Cómo se divertiría? ¡Estoy viendo desde aquí á esa mujer querida, encerrada en el gabinete del pensador!..... Aseguro

á ustedes que ella preferiría un gabinete particular.

EL BARÓN.

Yo me refiero á la mujer honrada, legítima, caballero, y me figuro que no estaría usted dispuesto á llevar á su mujer legítima á gabinetes particulares.

EL VIZCONDE.

Se engaña usted muy mucho, querido Barón; yo la llevaría á todas partes como á un amigo, un compañero..... Haría que penetrase conmigo en todos los secretos de la vida parisiense, en todos los arcanos del boulevard, en todos los misterios del *pschutt* y del *vlan*, y ella me lo agradecería de veras..... Y á propósito, amiga mía, ¿sabe usted que ya no se dice *pschutt*, ni *vlan*, ni *ah*?

LAURA. (Con frialdad.)

¡Ah! ¿pues qué se dice ahora?

EL VIZCONDE.

Se dice *tchink*..... Así es que los martes del teatro francés son *tchink*—los martes de los italianos *tchink*..... yo soy *tchink*,—¡y el Barón, no lo es!

EL BARÓN.

De lo que me alegro infinito. (Levantándose.) Dejo á usted, señora mía, con vuestro eminente primo, con quien tendrá impaciencia de seguir hablando

de cosas tan interesantes..... (Dirigiéndose á Enrique.) Espero, señor mío, tener el honor de ver á usted en París, á donde tengo la promesa de ser trasladado, y á donde me atraen mis aficiones, como todo ser que piensa.

EL VIZCONDE. (Saludando.)

¡Amiga mía!..... (A Enrique.) hasta más ver, caballero, y ruego á usted que excuse mi incurable frivolidad. (El Barón y el Conde se retiran.)

ESCENA VI.

LAURA Y ENRIQUE.

LAURA. (Agitando febrilmente su abanico.)
¡Jesús! ya se fueron..... ¿Qué me dices?

ENRIQUE. (Con aire de convicción.)
Me gustan mucho los dos.

LAURA.

No....., no es verdad..... no sé lo que tenían esta noche..... han querido brillar delante de tí probablemente..... y han estado ridículos.

ENRIQUE.

Te digo que me han gustado los dos..... Por ejemplo, en el género ligero, el Vizconde se distingue sobre manera.....

LAURA.

¡Oh!..... ¡Muy distinguido..... con las piernas cruzadas todo el tiempo, delante de una señora!

ENRIQUE.

¡Si á las señoras les gusta eso ahora!..... No hay que negar que tiene ingenio y travesura..... un poco escéptico..... pero eso está muy bien visto.....

LAURA.

¿Ingenio, con sus *pschutt*, con sus *van* y sus *tchink*?..... Encuentro todo eso tan necio.....

ENRIQUE.

Es que ya nada te hace gracia, porque vives en Francia..... Yo, que acabo de llegar, lo encuentro todo nuevo.

LAURA.

Y sus ideas sobre el matrimonio, sobre la conducta que debe observar con su mujer..... ¿te parece también que tienen ingenio?

ENRIQUE.

Pero es bajo un punto de vista..... Hacer de su mujer un amigo, es un punto de vista....., es ingeniosísimo..... En una palabra, dado el género ligero....., no podías haber encontrado nada mejor.

LAURA.

Muchas gracias.

ENRIQUE.

¡Ah! si prefieres el género serio, el Barón en ese género es también un tipo muy distinguido..... Es un hombre evidentemente saturado de estudios profundos, que tiene una inteligencia muy clara, que habla muy bien.....

LAURA.

¡Demasiado bien!

ENRIQUE.

¡Nunca se habla demasiado bien!

LAURA.

Dispensa..... Pero, francamente, en el género serio no iría á casarme con un tipo como ése, cuando he rechazado un hombre de un mérito superior.

ENRIQUE.

¿Y quién es él?

LAURA.

Vamos, vamos.....

ENRIQUE.

¿Qué?

LAURA.

¡Ya sabes que eres tú!

ENRIQUE.

Pero, primita, si me reconoces realmente tanto mérito....., dime por qué me diste calabazas.

30157

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE CIENCIAS
"ALFONSO REYES"
AÑO 1953 MONTERREY, N.M.L.

LAURA. (Levantándose y apoyándose en la chimenea.)
¡Te dabas tan mala maña!

ENRIQUE.

Supongo que ya es tarde para instruirme.....
pero, en fin, ¿podré preguntarte tímidamente cómo
hubiera debido arreglarme?

LAURA.

Como hoy, querido primo.

ENRIQUE. (Con júbilo.)

¿Sabes que voy á darte un abrazo de alegría?

LAURA.

Pues dámele. (Enrique abraza á su prima.)

FIN.

LA PARTIDA DE DAMAS.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO R. 185"
Abdo. 1625 MONTEARKEY, MEXICO